



## **Manuel y Huberto Solís Soberanis, dos grandes artistas guatemaltecos**

**FRANCISCO RODRÍGUEZ  
ROUANET**



En Guatemala, han existido artistas que por humildad o modestia no han sido reconocidos como tales, pues sus obras han quedado en el anonimato o conocidas únicamente por un reducido número de personas entre familiares y amigos íntimos que compartieron sus satisfacciones personales por los trabajos efectuados, que aunque algunos están a la vista, la generalidad de la gente desconoce quiénes son los creadores.

Este es el caso de los hermanos Solís Soberanis, quienes viviendo en forma sencilla, sin lujos ni haciendo alarde de sus habilidades, muchas de sus obras han trascendido las fronteras de Guatemala. Por esa razón les hago un reconocimiento como artistas y amigos.

Desde muy patojo empecé a oír hablar de "los Solís" a mi papá, Felipe Rodríguez Padilla, a mi tío Julio Rouanet y a mis hermanos mayores Eduardo y Luis, sin que yo le diera importancia porque no sabía de quiénes se trataba, solo sabía

que era una familia que vivía en la 3a. calle poniente (hoy 3-20, de la zona 1).

Conforme fue pasando el tiempo me fui enterando de quiénes eran, incluso, con las constantes relaciones que mantenían nuestras familias, con el tiempo yo también llegué a ser amigo de ellos, amistad que duró hasta que ellos fallecieron.

En esta forma averigüé algo sobre la familia Solís. Don Salvador Solís era un carpintero ebanista muy conocido en Guatemala por la calidad de sus trabajos. Contrajo matrimonio con doña Anita Soberanis con quien procreó una familia de artistas así: Salvador que era pintor; Manuel, violinista, fabricante y restaurador de instrumentos musicales; Dolores, ama de casa; Huberto, violoncellista, escultor y pintor; y Carlos que pintaba un poco pero su trabajo principal era como traductor inglés-español. De ellos solo se casaron, don Salvador con doña Paquita con quien tuvieron una hija llamada Teresa; y don Manuel que se casó con doña Graciela que era modista, muy buena costurera. Con ella tuvo tres hijos: una niña y dos varones (gemelos). Siendo todavía muy jóvenes, uno de los gemelos se suicidó causando un gran dolor en don Manuel. La hija se casó y el otro gemelo vive en Estados Unidos. Don Carlos tuvo un hijo llamado Carlos. De esta familia sobresalieron especialmente como artistas Manuel y Huberto aunque las pinturas de don Salvador son muy bellas y se encuentran en la casa de Gabriel Martínez del Rosal, esposo de Teresa. Don Manuel y don Huberto aparentaban ser muy serios, especialmente el

primero, pero en realidad eran joviales y bromistas.

Por su don de gentes eran muy apreciados y tenían muchos amigos, especialmente entre los músicos, quienes constantemente estaban visitándolos en su taller, el cual estaba instalado en el segundo nivel de su casa de habitación, pues en la parte baja estaban los dormitorios, una pequeña sala y demás servicios. Esta casa cuando la conocí ya era vieja, con paredes de adobe y techos de lámina de zinc, con mucho fondo, pero angosta, al extremo que el corredor apenas alcanzaría 1.50 metros de ancho. Al fondo estaban las gradas para subir al taller.

El taller consistía en un cuarto grande y uno pequeño, ambos sin puertas. La luz del taller entraba por unas ventanas altas. El taller lo completaban dos bancos de carpintero, un gavetero de tres gavetas, cada una como de 40 centímetros de hondo, llenas de papeles, pedazos de madera, algunos clavos, tornillos y otras cosas que les servían eventualmente, pues en realidad todo era pura basura. Además había un caballete de pintor, pinturas y trapos viejos.

El piso era de reglas de madera, muchas de ellas muy viejas y rotas, por lo que los hermanos Solís las habían remendado cubriéndolas con reglas más nuevas. Por esta razón al entrar al taller había que hacerlo con cuidado para no pararse en un hoyo o tropezarse con las reglas superpuestas. Además habían tablas y trozos de madera recostados a las paredes, algunos violines viejos (o pedazos de violines) ya inservibles

colgados de unos clavos, así como pedazos de guitarras; imágenes de Niños Dios y otros santos esperando ser trabajados. Todo esto demostraba que como cobraban muy poco por su trabajo, su sistema de vida no era boyante y llevaban una vida sencilla.

Aquí era donde trabajaban los hermanos Solís, cada uno ensimismado en el trabajo de su especialidad. Por esa razón sus amigos íntimos los apodaban "los mudos". Ellos no se enojaban y también ponían apodos y siempre tenían tiempo para recibir a los amigos con la afabilidad que les caracterizaba y nunca faltaban las bromas.

Para hablar de los hermanos Solís, hay que hacerlo en forma individual enfatizando en su especialidad. Hago la salvedad que una parte de la vida de ellos es desconocida por mí, pues nunca tuve la curiosidad, talvez por falta de interés en aquel tiempo, de cómo principiaron a trabajar y aprendieron el arte.

#### Manuel Solís Soberanis

Era el mayor de estos dos hermanos. Fue el primer restaurador y fabricante de instrumentos musicales en Guatemala (por lo menos que yo conocí). Su especialidad eran los instrumentos de cuerda, pero, como dije antes, nunca supe cómo aprendió a trabajarlos, más bien creo que era autodidacta, pues un día tuve la oportunidad de ver lo que había en el gavetero y vi unas revistas viejas, con la puntas dobladas y hasta descuadernadas donde alcancé a ver fotografías de violines, cellos y contrabajos. Me parece que eran catálogos que con el tiempo

se fueron quedando en el olvido en el gavetero.

Todos los músicos de la sinfónica acudían a él para que les reparara sus instrumentos: cambio de puentes, arreglo de las clavijas, tiracuerdas, rajaduras, piezas despegadas y otras. Él sabía exactamente cual era el lugar más apropiado donde debía ir el alma del instrumento. Una vez le pregunté para qué servía el alma y me respondió, que además de evitar que se hundiera la tapa por la fuerza de las cuerdas, ayudaba a transmitir las vibraciones de la madera al tocar el instrumento.

Uno de sus principales clientes era el Maestro Heinrich Joachim, violonchelista, director del Conservatorio, quien con regularidad llevaba su instrumento para que lo revisara. En cierta oportunidad vino a Guatemala (en tiempos de la Segunda Guerra Mundial) el violinista Yehudi Menuhin procedente de México, pero con la humedad de ese lugar se le despegó un poco la tapa del violín que, si mal no recuerdo, era un Stradivarius. Con un poco de desconfianza aceptó a que Joachim lo acompañara a donde don Manuel, quien al ver el violín se quedó asustado, pero se decidió a pegarlo. Menuhin, que no se movió durante todo el tiempo que don Manuel trabajó, estuvo pendiente de cada cosa que hacía Solís hasta que lo pegó y le corrigió un poco el lugar del alma. Menuhin quedó encantado y muy agradecido por el trabajo, pues el violín había conservado el sonido original. Nunca supe cuánto le cobró, pues era otra característica de ellos, cobrar poco pues no valoraban su trabajo.

Así trabajaba, a conciencia, cualquier instrumento. En cierta oportunidad yo fui a tocar una misa a La Recolectión y cuando estaba enfundando mi cello se me resbaló y al caer se le rompió parte de una costilla. Inmediatamente se lo llevé a don Manuel, quien me lo reparó y me cobró lo que yo había ganado en la misa: Q.3.00.

También reparó e hizo de nuevo la base del arpa del Conservatorio con la que daba clases don Pedro Pineda que era el maestro de arpa, pues ya estaba totalmente picada. Cuando me la enseñó me quedé asombrado de ver que era solo galerías de polilla y la capa externa era fina que se mantenía casi solo con la pintura. Después me enseñó la nueva que había hecho, incluyendo el juego de pedales.

Como constructor hizo, entre otros, un violín para Andrés Archila; una viola para Humberto Ayestas y una guitarra para mi hermano Luis y otros más que no conozco quién los posee.

Don Manuel dejó de tocar el violín para dedicarse al trabajo y solo volvió a hacerlo cuando don Werner Goldstaub organizó una orquesta de aficionados en su casa, donde íbamos a tocar todos los miércoles. Cuando don Werner dejó la orquesta ya no volvió a tocar el violín.

Don Manuel era un hombre sencillo en su modo de ser y nunca hizo alarde de los trabajos que hacía, pero se le veía la satisfacción cuando entregaba un trabajo terminado. Cuando murió dejó un gran vacío y una falta muy grande entre los músicos y gente que lo conocía; quienes

lo reconocían como artista y como amigo.

El trabajo de don Manuel, aún siendo de alta calidad, fue poco conocido por la generalidad de la gente por tratarse de un trabajo exclusivo que no tenía la proyección de una escultura o una pintura por ser algo, por así decirlo, un trabajo intangible, y quienes lo reconocieron fueron más que todo quienes recibieron los beneficios de él, especialmente los propietarios de los instrumentos y por los amigos que lo rodeaban.

#### Huberto Solís Soberanis

Igual que su hermano Manuel, de don Huberto nunca supe cómo y por qué se inició en la escultura. Solo supe que por algún tiempo estuvo trabajando con don Julio Dubois, pero también me dio la impresión de que era autodidacta en su mayor parte, pero muy dedicado a la perfección de su trabajo.

Fue un hombre muy humilde, pues aunque sabía el impacto que causaba cada obra que hacía, nunca, hizo alarde de ello. Además de escultor, era violoncelista y él mismo decía que la escultura no le daba de comer, porque, en mi opinión, en primer lugar, cobraba muy poco; y segundo, porque, era muy minucioso en su trabajo pues todo lo hacía a la perfección y, por consiguiente, se tardaba mucho tiempo (hasta años) para entregar un trabajo. Por esa razón, decía que la música le daba más para comer, pues tocaba en la Orquesta Sinfónica (antes Liberal Progresista), en las misas, en las novenas del Niño Dios y en cualquier otro conjunto donde

requerían su trabajo.

Contaba don Huberto que de niño era de cuerpo muy débil al extremo que no podía permanecer de pie. Entonces alguien le sugirió a don Salvador, su padre, que lo bañara en agua de cedro. Don Salvador así lo hizo, pero en broma don Huberto decía que a su papá se le había pasado la mano, pues, aunque se fortaleció totalmente, le quedó el cuello inmóvil al extremo que no podía mover la cabeza para ver hacia los lados y para hacerlo tenía que mover todo el cuerpo. Pero eso no fue ningún inconveniente para realizar su trabajo.

También trabajaba la pintura y como pintor era muy bueno, aunque a ella se dedicaba muy poco, salvo cuando le hacían algún encargo como sucedió con un señor de apellido Valenzuela, quien le llevó un cuadro de la Santa Cena que había encargado a otro pintor. Cuando don Huberto lo vio se dio cuenta de lo mal hecho que estaba, la caras de los apóstoles deformes, los colores mal aplicados, en fin, todo era una calamidad. Don Huberto empezó por rehacer un apóstol, pero ya no concordaba con los demás por lo que dispuso rehacerlo todo. Naturalmente el señor Valenzuela quedó encantado. La pintura la usaba especialmente para pintar las imágenes.

Ya mayor, fue perdiendo, la vista, padecía de artritis y de várices, lo que le dificultaba dedicarse a su trabajo.

En el campo de la escultura dejó muchas obras que le dieron nombre nacional e internacionalmente. De las primeras sobresale la Virgen del Rosario, obra

maravillosa, que se venera en la iglesia de Santa Delfina de Signé en la finca El Zapote, que cuando la terminó la pusieron en exhibición en una vitrina de la Empresa Eléctrica durante varios días.

También está el Cristo de Velázquez: hecho en bulto, copia de la pintura de Diego Velázquez y que ahora se le conoce como el "Cristo de Solís". Ambas imágenes están expuestas al público en la iglesia mencionada. (De ellas hablaré más adelante).

Otras imágenes son la de María Magdalena (tamaño natural) a la que yo llamo la "mujer más bella de Guatemala", y las imágenes pequeñas de la Virgen de Dolores, San Juan y la Magdalena que miden aproximadamente una vara de alto, todas de la iglesia de La Recolectión. La primera sale en las procesiones del sábado de Ramos y Viernes Santo, y las pequeñas en las procesiones de los niños. Asimismo, están la Magdalena y San Juan de la iglesia de San Agustín y una Magdalena de la iglesia de Santo Domingo. Hizo y retocó muchas otras imágenes particulares. Últimamente casi no aceptaba restauraciones de imágenes del Niño Dios, porque decía que ya le costaba ver, especialmente poner las pestañas por lo minucioso del trabajo.

Un día llegué a su casa y desde la puerta de calle, todo el corredor, las gradas y el taller estaban llenos de figuras. Al preguntarle a don Huberto qué era todo eso me dijo que eran los pasos que sacan en la procesión del Calvario el Viernes Santo. Todavía me dijo en broma que su casa parecía un circo y que solo faltaba el caballo porque ya no cupo, empezando

con que no pasaba por la puerta, por lo que tuvo que ir a trabajarlo a la iglesia.

A nivel internacional se encuentra el Salvador del Mundo que se venera en la Catedral de Santa Ana, República de El Salvador. Cuando terminó de tallarla avisó a quienes se la encargaron y de El Salvador vino una delegación a recogerla, pero era tanta la afluencia de la gente que quería verla antes de que se la llevaran, que los salvadoreños tuvieron que quedarse algunos días hasta que una noche dispusieron "empacarla" y cuando la gente llegó ya se la habían llevado.

Un caso especial fue el siguiente. Un 8 de diciembre salió el Rezado de la Virgen de Concepción del templo de San Francisco y, no sé por qué, el anda prendió fuego y se quemó gran parte del rostro de la Virgen. Pronto se la llevaron a don Huberto para que la restaurara. Un día, talvez en el mes de octubre, llegué a visitarlos y en el vano de la puerta había una imagen sin pelo y sin rostro. Como yo no sabía qué era, le pregunté a don Huberto: ¿Y este santo quién es? Don Huberto soltando una mala palabra me dijo: "NO es un santo, es la Virgen de San Francisco que ni la he tocado y ya falta poco para el rezado". Pasado un tiempo volví y ya la había restaurado haciéndole un rostro bellísimo. La entregó a finales de noviembre.

Tenía otro trabajo que pocos lo conocimos. Se trataba de un trozo de madera como de 30 centímetros de largo, por 12 de alto y 6 de ancho (medidas aproximadas). En el centro del trozo, estaba Jesús un poco en alto, sentado en un trono, con los brazos

extendidos hacia los lados. A cada lado tenía varios personajes, entre los cuales había pordioseros, soldados, prostitutas, gente de pueblo y otros. Era un trabajo en alto relieve hecho solo con formón, no tenía nada de lija. Un trabajo único que nunca supe a quién le quedó cuando murió don Huberto.

Cuando falleció, en el taller quedaron restos de algunos trabajos como manos, pies, rostros sin terminar, etc. Durante muchos años don Rodolfo Castillo, dueño de la finca El Zapote, estuvo pasándole una pensión, lo cual le ayudaba un poco a vivir.

#### **Virgen del Rosario de Santa Delfina (del Zapote)**

Cuando don Rodolfo Castillo le encargó a don Huberto la Virgen del Rosario, le llevó como muestra una fotografía de la de Santo Domingo. Don Huberto lo primero que hizo fue cuadrificarla para sacar las proporciones del tamaño de un cuerpo humano. Después compró un gran tronco de madera de cedro al que le fue pegando tablas, también de cedro, a los lados para darle forma a la Virgen. Hago constar que la Virgen de Santo Domingo es de vestir, pero don Rodolfo le pidió que la hiciera toda de madera. Para trabajarla no usó clavos ni tornillos y las piezas las fue pegando con cola y tarugos.

Cuando ya tenía las medidas empezó a desbastarla, especialmente el tronco central para que no quedara tan pesado. Un día cuando llegué a verlos, encontré a don Huberto muy enojado y al preguntarle por qué, me respondió:

"Por no fijarme, se me pasó el formón y rompí la parte delantera de esta m... y se me hizo un hoyo". Tuvo que hacerle un remiendo, pero tan exacto que no se notaba lo roto.

Así siguió tallando hasta que llegó a la cabeza, pues en la fotografía le aparece una mantilla muy vaporosa que le cae sobre los hombros y la espalda. Entonces me dijo: "Don Rodolfo lo quiere todo de madera, pero, cómo le voy a poner un gran "tulupo" de madera sobre los hombros?" Entonces tomó un trapo que le servía de sacudidor y lo puso sobre el caballete de pintar, le arregló unas cuantas ondas y ese trapo fue el que copió para hacer la mantilla.

Respecto a la mantilla, doña Ruby, esposa de don Rodolfo, le llevó una muestra de encaje y don Huberto empezó a pintarlo. A los pocos días apareció doña Ruby con otra muestra, por lo que don Huberto tuvo que despintar todo lo que había hecho para rehacerlo con la nueva muestra, naturalmente con gran disgusto para el artista porque perdió todo el trabajo que había avanzado. Por último pintó la peana y entregó la Virgen. Cuando llegaron a traerla la llevaron directamente a la Empresa Eléctrica para su exhibición. Esta imagen, es muy venerada en su templo durante el mes de octubre.

#### **Cristo de Velázquez**

También vi cómo trabajó el Cristo de Velázquez. Naturalmente hacer una imagen en bulto tomando como muestra una pintura, era para él un reto y un problema, pues tuvo que leer libros de

anatomía y hacer algunas consultas para ver cómo quedan los músculos, especialmente los de la espalda de un hombre colgado de los brazos. Por fin se decidió a hacerlo.

Pasado mucho tiempo lo terminó y lo entregó a don Rodolfo, quien lo colgó de una pared de la iglesia. Pocos días después vino el terremoto de 1976 y don Rodolfo corrió a la iglesia, y lo colocó acostado en unas bancas. Hasta que ya estaba todo tranquilo lo volvió a colgar donde se encuentra actualmente.

### **Mi Cristo Miniatura**

En lo personal me restauré un Cristo que por un azar del destino vino a parar a mis manos, pues perteneció a una tía abuela de mi papá que fue Superiora de las monjas catalinas. Cuando yo obtuve este Cristo estaba solo el cuerpo, se habían perdido los brazos y la cruz. Este trabajo es para mí algo invaluable y uno de los mejores que hizo don Huberto, pues mide, con todo y los brazos extendidos hacia arriba 5 centímetros y los brazos 2 centímetros cada uno. A esto hay que agregarle que la vista ya le estaba fallando a don Huberto y tenía que hacer mucho esfuerzo para trabajar esta miniatura.

Al principio no quería trabajarlo pues decía que ya no veía bien, pero me dijo que lo dejara. Como al año me dijo que se le había perdido. Al año y medio me dijo que ya había aparecido. Aproximadamente a los dos años, o más, me lo entregó. No solo le puso los brazos, sino que le hizo la cruz y la peana. Si mal no recuerdo me cobró Q.30.00 por todo el trabajo.

### **Algunas anécdotas de los Hermanos Solís**

1. En tiempos del presidente Ubico los desfiles cívico-militares iban presididos por la Banda Marcial, luego iba la compañía de Cadetes de la Escuela Politécnica y después el ejército. Al llegar al Campo de Marte, la banda se colocaba a un lado de la tribuna presidencial junto a las piezas de artillería que hacían los honores a la bandera.

En la banda tocaba flauta don Celso Rizo, amigo de los Solís y de los músicos. Don Celso era de tez bastante morena y los Solís le pusieron de apodo "Melchor" (uno de los Reyes Magos), pero personalmente le decían Checho. En una oportunidad llegó a visitarlos don Julio Bobadilla, tenor, muy amigo de los Solís y da todos los músicos pues cantaba en las misas. Cuando entró al taller los saludó en forma alegre, pero ellos se quedaron bastante serios y solo le dijeron "que tal vos". A don Julio le extrañó esta actitud y les preguntó qué les pasaba y don Manuel le dijo: "¿No supiste lo que le pasó al pobre Checho?". Ante la negativa de don Julio le dijeron que como estaba tan cerca de los cañones se le habían reventado los tímpanos y se había quedado muy sordo y para hablarle había que gritarle.

Casualmente a los pocos días don Julio encontró a don Celso en el portal del Comercio y a grito pelado le dijo: "¿Que tal Checho, cómo seguiste?". A don Celso le molestó eso y le dice: "¿Bueno vos, por qué me gritas si no soy sordo?". Hasta entonces don Julio se dio cuenta de la broma de los Solís y se deshacía en excusas.

2. Una vez hubo una fiesta en casa de mi tío Julio Rouanet y fue llegando toda la familia Solís. Don Huberto cojeando, con el zapato derecho todo roto y abierto mostrando el dedo gordo del pie reventado con pus y bastante sangre diciendo que le había caído no sé qué en el pie, pero como no quería faltar a la fiesta así se fue. Por su parte, el yerno de don Manuel entró con el ojo amoratado, hinchado y con sangre, diciendo que se había caído y se golpeó el ojo.

Después de algunos tragos, don Huberto estaba bailando como si nada y alguien le preguntó si no le dolía y él dijo: "Ah, se me había olvidado!" y agachándose se quitó del zapato un cuento hecho de hojalata donde tenía pintado el golpe y que le cubría toda la punta. Se lo quitó y se lo echó en la bolsa del saco. El yerno de don Manuel también se quitó un cuento que le tapaba el ojo, también pintado con el golpe. Lo interesante del caso es que se veían tan naturales las dos cosas, pues daba no sé qué ver el dedo hinchado y sangrando, así como el ojo reventado.

3. Un amigo, compañero de trabajo, tenía un Niño Dios que se lo cuidaba su mamá en Zacapa. Un día la mamá dispuso retocar el Niño y se lo dio a un carpintero de la localidad, quien primero lo lijó y después lo pintó con pintura de aceite.

Daba no sé qué ver el Niño con "las mejillas de un rosado encendido y el resto de la piel con un poco menos. El pelo bien negro, sin pestañas y las cejas marcadas también con pintura negra. Cuando se lo llevamos a don Huberto exclamó: "¿Quién fue el hijo la gran puta

que se cagó en este Niño?" puesto que se trataba de una imagen muy antigua como de 50 centímetros de tamaño, pero la mamá de mi amigo no sabía el valor que tenía.

Cuando don Huberto lo entregó nos contó que le había costado mucho limpiarlo para no lastimarlo y quitarle la pintura.

4. En una oportunidad, llegó a visitarlos un violinista de la sinfónica y al entrar les dijo: "Hola, muchá" y los dos le respondieron: "¿Qué tal vos?" y dirigiéndose a don Huberto le preguntó "vos Huberto, dice mi mujer que, ¿en cuánto tiempo le hacés un niño" y don Huberto sin inmutarse ni levantar la cabeza, le respondió "en nueve meses". El otro le indicó, "no hombre, un niño Dios" y don Huberto con su parsimonia, sólo dijo: entonces expresáte bien.

Estos eran los hermanos Solís, grandes artistas anónimos cuyo recuerdo se encuentra en las obras que dejaron.

Nueva Guatemala de la Asunción,  
octubre de 2008





Manuel y Huberto Solís Soberanis.



Dolorosa de San José Obrero, Madre de las Angustias.  
Foto: Deyvid Molina.



Santa María Magdalena, templo de La Recolección.  
Foto: Deyvid Molina.